

JOÃO G. NOLL

Hotel Atlántico

João Gilberto Noll

Traducción de
Juan Sebastián Cárdenas



BAJALIBROS.COM

Noll, João Gilberto

Hotel Atlántico. 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2015

(narrativas;)

E-Book

ISBN 978-987-3793-45-5

1. Narrativa Brasileña. I. Título
CDD B869.3

narrativas

Título original: *Hotel Atlántico*
Traducción: Juan Sebastián Cárdenas

Editor: Fabián Lebenglik Diseño: Gabriela Di Giuseppe

© João Gilberto Noll, 1989
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2015
www.adrianahidalgo.com

Maqueta original: Eduardo Stupía

ISBN 978-987-3793-45-5

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723
Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

*Para Julia
Augusto Aragão
y Tabajara Ruas*

Subí por las escaleras de un pequeño hotel en Nossa Senhora de Copacabana, casi en el cruce con Miguel de Lemos. Mientras subía escuché voces nerviosas, alguien lloraba.

De repente apareció mucha gente en lo alto de las escaleras, sobre todo tipos con pinta de policías, algunos PM. Empezaron a bajar con una camilla para transportar cadáveres.

Bajo la sábana estampada había un cuerpo.

Me quedé parado en los escalones, pegado a la pared. Una mujer con el pelo pintado de rubio intenso bajó llorando por la escalera. Tenía el tic de torcer la boca en dirección al ojo derecho.

Me arrepentí de haber entrado a aquel hotel. Pero me pareció que retroceder sería un nuevo acto de cobardía con el que tendría que cargar durante el viaje.

Así que seguí adelante.

Cuando me encontré frente a la chica que atendía a los huéspedes tras el mostrador, no pude contener una súbita carcajada. No había vuelto a reírme así desde niño. La chica pensó que seguramente se trataba de la carcajada de algún pariente o amigo del muerto en estado de shock y, con aire consternado, se quedó esperando a que terminara de reírme.

Debía de tener ganas de hacerme el fante, porque en cuanto paré de carcajearme la tomé de la mano para besársela. No intentó liberarse en ningún momento y su expresión parecía relajada, como si besar una mano en la recepción de un hotel fuera un gesto absolutamente corriente e incluso agradable. Esa expresión distendida dio paso a una leve sonrisa:

—¿El señor quiere hablar con algún huésped o desea una habitación?

—Un cuarto con baño, cama de matrimonio, una televisión y una mesa donde pueda apoyar los codos y ponerme

a pensar.

–Tengo la habitación que busca –dijo ella con una mirada ya completamente extasiada.

–No será el cuarto del crimen... –sospeché.

–Yo nunca le haría eso al señor...

Miró mis manos y me preguntó:

–¿Y su equipaje?

–Dejé mis maletas en el Galeão –fue la explicación que me salió.

–Ah... para los huéspedes sin equipaje pedimos un depósito equivalente a tres días –me informó con una delicadeza que me produjo una comezón en la nuca.

Rellené la ficha del hotel. ¿Estado civil? Casado, mentí. E imaginé a una mujer esperándome en cualquier parte de Brasil y luego supuse que tener a esa mujer esperándome podría atizar la curiosidad de la chica de la recepción.

La chica tenía el pelo negro, una cabellera espesa, con unos vellos que le hacían patillas. Parecía una fulana. Los ojos negros, grandes.

Tocó una campanita y apareció un muchacho. El muchacho tenía un uniforme gris con botones dorados. Ella le dijo que me llevara a la habitación 123.

Después ella me miró como si yo fuera un desamparado. Fue allí cuando empecé a interesarme de veras.

El muchacho me condujo por un largo corredor mal iluminado, se detuvo frente al número 123 y abrió la puerta con cierto aire de gravedad. Mencioné el asesinato. Él a duras penas emitió un chasquido y me preguntó si no tenía equipaje. Repetí que mi equipaje estaba guardado en Galeão.

El muchacho cerró la puerta. Cuando me senté en la cama escuché un gemido ronco, profundo, como de animal.

Luego otro gemido y entonces me tapé los oídos con la almohada. Me pregunté si no estaría demasiado nervioso, demasiado agitado. Entonces arrojé la almohada y sacudí la cabeza con cierta violencia.

El gemido persistía, era masculino y ahora parecía tener un ritmo definido. Me di cuenta de que estaba ligeramente excitado. Tomé el teléfono y esperé a que contestaran de la recepción. La fulana atendió.

—Soy el recién llegado, quiero un whisky con hielo, pero me gustaría que usted misma me lo trajera.

Respondió que estaría en mi cuarto en dos minutos.

Cuando entró a la habitación con la botella de whisky y el vaso, le dije que me había enamorado de ella en cuestión de segundos. Ella dijo que no me creía. Le pedí que me palpara, así se daría cuenta por sí misma. Ella me palpó. Dijo que hacía mucho que no veía tantas ganas juntas. Yo ya le estaba desabotonando la blusa.

Al verse sin ropa, de inmediato se puso en cuatro patas sobre la inmundada alfombra verde. Yo me arrodillé por detrás. Mi misión: montarla fuera del alcance de sus ojos.

Ningún roce por encima de la cintura, nada que no fuese un encuentro de ancas anónimas, patéticas.

Tarde en la noche salí a buscar algún lugar donde comer. Me levanté el cuello de la chaqueta y caminé silbando una música improvisada. Era el final del mes de junio, soplaban un viento increíblemente frío para Copacabana.

En una esquina de Barata Ribeiro, en un quiosco de revistas, vi un periódico en el que aparecía una viñeta sobre el extraordinario frío carioca de aquel año.

Apenas terminé de leer la viñeta me di cuenta de que había perdido el apetito y que incluso se instalaba en mí cierto hastío.

Subí las escaleras del hotel sintiendo un tremendo cansancio. Ahora quien atendía la recepción era un jovencito. El jovencito escuchaba una radio a pilas. Se me ocurrió preguntarle si ya sabían quién era el asesino del

hotel. Él respondió que la radio había mencionado a un sospechoso, un médico uruguayo.

Al entrar al cuarto noté una mancha de sangre casi invis-

ble en la alfombra. Pasé por encima de ella y me acosté en la cama sin quitarme la ropa, ni siquiera los zapatos.

Estaba exhausto, pero no conseguía dormir. Me revolví. Miraba la claridad que ya se anunciaba por una abertura de la cortina. Pensaba en mi viaje, hasta cuándo aguantaría.

Me levanté, descorrí la cortina. Lo que vi no fue un amanecer sino una luz ya madura. Abrí la ventana, que daba a los fondos de varios edificios. En una de las ventanas de enfrente una mujer se limaba las uñas. Había un olor a café en el aire. Apoyado en la baranda, un chico observó el corto vuelo de una paloma. La paloma se posó en una salida de aire acondicionado. Reparé que había un nido con una cría adentro. La paloma, que debía de ser la madre, se puso a picotear al polluelo.

Cerré la cortina. La cuenta regresiva ya había comenzado. Debía irme.

Pero decidí volver a la cama. Me quité los zapatos empujando con los pies. Sabía que estaba reprimiendo la desesperación que me producía el hecho de saber que en breve tendría que marcharme. Y lo hacía aparentando calma, mucha calma.

Si demostraba locura, un patente olvido de todo, el mundo correría a internarme.

¿Y no sería lo mismo que viajar? Con la ventaja de que me ahorraría todo tipo de esfuerzos, como el de entrar y salir de pocilgas como aquella en que me encontraba. Si estuviera loco permanecería dopado día y noche, durmiendo cada vez que el sopor me venciera.

Me eché boca abajo a la orilla de la cama. La mancha de sangre casi invisible seguía allí. Un tiro, ¿por qué no?

Sí, yo también sería capaz de matar y así me ganaría una celda y comida del Estado. Tal vez volvería a dibujar como solía hacerlo hasta la adolescencia. Me quedaría dibujando todo el día si los otros presos me lo permitieran. Por la noche caería rendido de sueño. Y a la mañana siguiente despertaría y retomaría la línea interrumpida el día anterior.

Quizás de ese modo volvería a disfrutar con el paso del

tiempo. Eva, una rubia con la que había estado cogiendo los últimos meses, siempre me decía:

–Lo que te hace falta es una ocupación regular.

–Un desocupado, es así como le llaman a la gente como yo –solía decir cuando estaba a solas frente al espejo.

–¡Un desocupado! –grité sin querer.

Y mi corazón se aceleró, temeroso de que todo el hotel me hubiera oído y que alguien, con aquella curiosidad humana que yo normalmente intentaba esquivar a cualquier precio, viniera a llamar a mi puerta.

Pasaron algunos minutos y nadie llamó a la puerta.

Tomé el teléfono. La mujer de la recepción ya había llegado. Con la voz lánguida, en un tono pretendidamente cómplice, me preguntó qué deseaba. Le dije que la deseaba a ella, que la calentura me estaba matando.

–Le suplico que aparezca en este mismo instante en mi cuarto.

–Sí, iré a ver qué ocurre, señor... ¿Cómo le puedo llamar al señor? –dijo ella.

–Amor, llámeme Amor, Verbo Encarnado –respondí.

Poco después ya se estaba desabotonando la blusa, ofreciéndome los voluminosos senos con los que yo, mordiendo y saboreando, me llenaba la boca. Le dije que esa vez me gustaría cogérmela de frente, echado sobre ella, chupando aquellas tetas magníficas.

–Esta vez va a tener un hijo mío y en cuanto nazca vuelvo a buscar al niño para llevármelo conmigo –dijo jadeante.

Cuando terminé de hablar ella estaba sentada en el borde de la cama y yo de pie. Mientras ella me atraía hacia su boca, casi sin aliento me dijo:

–No, no, nuestro hijo es este de aquí.

–De acuerdo, de acuerdo, trátelo bien –dije goteando por todos los poros.

Cuando la mujer de la recepción salió del cuarto, me sen-

té en la cama. Sentí como si se hubiera llevado algo mío. Me sentía más ruin, un poco alarmado. Un simple chasquido bastó para que fuera hasta la bañera a verificar que no hubiera nadie allí escondido. Al aproximarme a la bañera adiviné mi pánico ante la posibilidad del invasor.

Salí lentamente del baño, intentando normalizar mi respiración. Abrí la cortina de la ventana, miré hacia arriba, vi un trozo de cielo en aquel día azul. Me quité la chaqueta.

Me di la vuelta hacia el interior del cuarto. Una vez más noté la mancha de sangre en la alfombra. Encendí la radio. Un amigo de adolescencia, cantante, a quien no veía desde hacía más de veinte años, hablaba de su pasión por Schubert. Entonces cantó un lied de Schubert. Cuando terminó, la entrevistadora intentó preguntarle no sé qué cosa y él le dijo no, que no tenía nada más que decir, sólo que le debía a Schubert su decisión de hacerse cantante. Me senté en la cama.

Miré la hora: las ocho y media. Me levanté con esfuerzo, me dolían las piernas. Me puse la chaqueta. Fui hasta el baño apoyándome en los objetos, sintiendo una especie de incapacidad –me vino la imagen de un enfermo convaleciente, preparándose para salir del hospital–.

Delante del espejo, miré mis ojeras profundas, la piel escarapelada, los labios resecos, introduje mi lengua por la carie inflamada de un diente, pensé que no valía la pena seguir allí, contabilizando señales de que mi cuerpo se estaba deteriorando. Había llegado la hora de partir.

Abrí la llave del lavamanos, me mojé la cara, el pelo, el pescuezo. A lo lejos escuché el sonido de un reloj. De inmediato, una campana empezó a tocar. La bocina nerviosa de un coche. Y al fondo de todo eso, el rumor ahogado de Copacabana.

Al toparme con la mujer de la recepción, noté que algo la intrigaba. Frunciendo el ceño, me preguntó por qué me había quedado con esa mirada como envejecida.

–De hecho –respondí–, no puedo ocultar que de unos

minutos para acá algo me ha ocurrido y me he quedado así.

–¿Qué cosa? –preguntó asustada.

–Mira, ángel mío, creo que me marchó para averiguarlo –respondí intentando recuperar el aire de suficiencia que solía adoptar con las mujeres con las que tenía lances fortuitos.

Ella me devolvió el dinero correspondiente a dos días que yo había desembolsado por no tener equipaje. Le dije adiós y, sintiéndome completamente ridículo, añadí que algún día volveríamos a vernos.

Bajé las escaleras del hotel un tanto encogido, con un dolor exagerado en las piernas y la espalda. Al llegar a la puerta me apoyé con una de las manos en la pared del edificio; con la otra comencé a sobarme un dolor en la región lumbar.

¿Y si regreso al cuarto?, me preguntaba. ¿Y si me quedo y desisto? ¿Y si me caso con la fulana de la recepción? ¿Y si me contento con la compañía de una mujer?

Estoy viejo, pensé. Apenas llegando a los cuarenta, viejo. Andar por ahí sería una locura. Mis piernas, débiles. Mi corazón está latiendo sin ton ni son, lo sé. Y esa postura reumática...

Ahí, parado a las puertas del hotel, sentía vértigo. La vista nublada, me faltaba el aire...

Pero tenía que continuar: bajé el último escalón y me re-costé contra la pared. Pasaba mucha gente por Nossa Senhora de Copacabana, como todas las mañanas, algunos me rozaban, chocaban conmigo sin querer, tosían.

Calculé que estaba a punto de desmayarme, pero evité la idea de recurrir a alguien. Recurrir a alguien habría sido lo mismo que quedarse. Tenía que irme.

Entonces pensé en un taxi. Y fui a buscar uno. Caminé tropezando con mis propias piernas, apoyándome en los demás como un borracho. Hasta que metí los pies en un charco de la cuneta. Le hice señas a un taxi y se detuvo.

Le dije al conductor que iba a la terminal. Me senté en la parte trasera. Me encogí del todo y me dejé caer sobre el asiento. El conductor me preguntó si me encontraba mal. Con lo que me quedaba de voz le dije que era sólo cansancio. A la terminal, repetí. El conductor hablaba, pero yo no conseguía entender lo que decía.

En un momento comprendí que hablaba del frío. Ah, el frío, dije, qué frías deben de ser las estepas rusas. Él dijo que las estepas rusas eran frías como la muerte. Eso lo escuché muy claramente.

Volvía a comprender. El tránsito. El conductor haciendo comentarios sobre la polución del túnel Rebouças. Me aferré al respaldo del asiento delantero y conseguí sentarme. El coche ya salía del túnel Rebouças.

Me sentía casi recuperado, salvo por un ligero temblor en las manos.

–¿Por qué está tan cansado? –preguntó el conductor.

–Me fui de fiesta toda la noche –contesté.

Él se rio. Le enseñé mi mano y dije:

–Mire cómo tiembla, es el temblor del alcohol.

–¿Es usted alcohólico? –preguntó.

–Sí, voy a someterme a un tratamiento en el interior de Minas –respondí.

Él meneó la cabeza, chasqueó la lengua y dijo:

–Tengo un cuñado que bebe y ya lo han internado tres veces.

De repente, el conductor dijo que habíamos llegado a la terminal.

–¿Todo bien? –preguntó.

–Todo bien –respondí casi con un sobresalto.

Observé el movimiento de la terminal y, de un modo similar al del cuerpo que ve los primeros procedimientos del anestesista, supe que había llegado la hora del viaje.

Saqué del bolsillo una bola de billetes, abrí la mano y le entregué el dinero al conductor. Él me preguntó si quería el cambio. Yo le pregunté si sabía dónde estaba la ventanilla

de las compañías que iban hacia el interior de Minas. Él sonrió, me miró y dijo que no tenía ni idea.

–Perdone –dije, tomado por una repentina vergüenza.

–¿Perdón por qué, hombre? –contestó.

–Perdón por ser quien soy –respondí dando un golpecito en la puerta del coche.

Me subí a un peldaño de la escalera mecánica. La escalera de bajada estaba aún más abarrotada de gente. Entre las dos escaleras había una más, de concreto.

Por ahí subían o bajaban los que tenían prisa, saltando escalones.

En aquellas vías por las que se subía o se bajaba, todos parecían muy concentrados en lo que estaban haciendo. Haberme percatado de ello me relajó. Yo también lo conseguiría: viajar, tomar un autobús, llegar a algún lugar.

Había muchas filas frente a las ventanillas. Mucha gente pasaba. Muchos sentados en los bancos. Un hombre y una mujer se besaban sin ningún pudor en una cafetería. Un hombre salía de una farmacia mirando la hora en su reloj de pulsera.

Me senté en un banco, en uno de los extremos. El resto del banco estaba lleno. Extendí un poco una de las piernas, sin dejar que el talón se despegara del suelo. Mi pierna tenía algo que provocaba piedad. Tal vez fuera el pantalón sin lavar, arrugado, una mancha de barro en el zapato. Piedad que hice todo lo posible por disimular; volví a juntar las piernas.

Ahora sólo miraba el suelo sucio del piso superior de la terminal. Mirando aquel suelo sucio no tenía nada en que pensar. Tal vez en una vaga nostalgia de la intimidad infantil con el suelo.

Se me ocurrió la idea de que el viaje me devolvería esa intimidad. Quién sabe si no tendré que dormir en el suelo, era lo que decía una voz interna entre excitada y aprehensiva.

Saqué la gorra que siempre llevaba en el bolsillo de la

chaqueta. Me puse la gorra en la cabeza, en la posición que me gustaba, un poco hacia la derecha. Ya no me hacía falta un espejo para que la gorra quedara en esa posición exacta.

La gorra me obedecía, fiel. Mis manos sabían de memoria cómo ejecutar la tarea. Una vez terminada la tarea, como siempre, le di un leve toque al ala de la gorra para ver si realmente todo estaba en orden.

Me pasé las manos por todo el cuerpo como buscando algo y sentí un volumen en el otro bolsillo de la chaqueta. Era un papel grueso doblado varias veces, un mapa de Brasil que había comprado dos días atrás.

Miré a mi alrededor para calcular si tenía espacio suficiente para abrir el mapa en toda su extensión. Puse las piernas en la parte lateral del banco. Así, sin nadie a mi lado, se podían extender bien los brazos.

Mientras abría el mapa me iba acordando de lo que le había dicho al conductor del taxi. Que me sometería a un tratamiento contra el alcoholismo en el interior de Minas.

En el mapa, el interior de Minas parecía un hormiguero de localidades. Mis ojos bajaron un poco, entraron por el interior de São Paulo y se detuvieron en Paraná.

Me dio sed. Pensé en un agua mineral. Doblé el mapa, disimuladamente me lo puse bajo el culo. Después me levanté y me alejé del banco.

No di ni cinco pasos cuando una mujer, sentada en el banco de enfrente, me llamó:

–Eh, señor, el señor se olvidó algo ahí.

Miré hacia atrás, hacia el espacio donde había estado sentado, vi el papel doblado en el banco, me volví hacia la señora, meneé la cabeza y dije:

–No es mío.

Decidí comprar un pasaje para Florianópolis. Vi el nombre de la ciudad en un letrero luminoso sobre una de las ventanillas. De repente, una isla: era un tema que me interesaba. Y después estaba el hecho de que nunca había es-

tado allí. Me levanté el cuello de la chaqueta, que había vuelto a su posición normal. Toqué mi gorra. Había que pensar en el frío que estaría haciendo en el sur.

Cuando me vi con el billete en la mano me sentí como si acabara de comprar mi carta de emancipación. Me invadió una sensación de libertad excesiva. Como si yo sólo no bastara para darle cabida. El autobús saldría en dos horas, así que me senté un rato para producir algunas ideas en aquel lugar.

–Calma, muchacho –murmuré.

Noté que, muy cerca de mí, un niño me miraba riendo. El niño se acercó más y me preguntó sin dejar de reírse:

–¿Usted habla solo?

En ese momento la mano de alguien empezó a tirar del niño, que continuaba sonriéndome. Bajé la mirada.

Entré en el autobús. Vi que mi asiento estaba al final del corredor, al lado de una rubia muy bonita. Las pecas habituales de una rubia bajo los ojos. Tenía un suéter negro y unos pantalones de terciopelo azul. Su asiento estaba junto a la ventana.

Pedí permiso y me senté. Ella dijo sí y noté un acento extranjero. En cuanto el autobús partió me quedé fingiendo que miraba hacia afuera, pero en realidad me quedé mirando a mi hermosa vecina extranjera. Sólo me faltaba saber de qué país era.

Miré hacia adelante y comenté con aire distraído el frío tan poco habitual que hacía en Rio. Y el viento, completó ella. Dije que sí, el viento. Y la miré y vi que me miraba. Como ya estaba seguro respecto al acento, le pregunté:

–¿Usted es norteamericana?

–Sí –respondió.

–¿Y vive allá?

–En Boston.

–¿Y ese portugués tan afilado?

–Es que ya he estado varias veces en Brasil. Esta vez vine con el portugués un poco mejor. Soy arqueóloga.

Vine a coordinar algunas excavaciones.

–¿Excavaciones?

–Sí, excavaciones en busca de la posible existencia de una civilización precolombina hasta ahora prácticamente ignorada.

–¿Hay indicios serios?

–Todo nos hace creer que es así.

Su nombre era Susan Flemming. Tenía unos enormes ojos verdes. Contó que hacía el viaje por tierra para conocer mejor el interior de Brasil.

Luego nos quedamos horas sin hablar. Cuando empezó a formarse una hermosa puesta de sol, me vino a la boca cualquier cosa en la que ni reparé. Sí reparé en que ella dijo que no, que creía que no.

Volvimos a quedarnos en silencio cerca de media hora. De repente ella dijo que estaba anocheciendo. Después, pasándose las manos por el pelo, dijo que ese momento del día le producía angustia. Un nudo en la garganta que sólo se le formaba al anochecer.

Me pidió perdón por estar confiándole cosas tan personales a un extraño. Le dije que era actor, un hombre familiarizado con la intimidad de los otros.

Miré su perfil. Ahora era sólo una sombra contra la noche ya inundada por la luz de la luna.

Tomó la manta que estaba doblada en el respaldo del asiento de enfrente. El frío aumentaba. Yo también agarré la manta que estaba frente a mí. Le dije que llevaba muy poco encima, sólo aquella chaqueta y que apenas llegara a Florianópolis me compraría un buen saco de lana. Ella comentó que en Canadá había hermosos sacos de lana.

–Yo perdí a mi hija en Canadá –dijo así, de repente.

Y dejó de hablar, como si hubiera ido demasiado lejos.

–¿De veras? ¿Perdió a su hija en Canadá? –le pregunté.

–Murió en Canadá, tenía siete años –respondió.

Susan hizo una pausa breve y añadió:

–Otro motivo de este viaje. Olvidar.